

EL DIÁLOGO, CAMINO DE PAZ

A aquel gran poeta que además fue también un pensador, Antonio Machado, se le atribuye este dicho: «Para dialogar, preguntad primero; después..., escuchad». Eso quiere decir que antes de hablar hay que pensar, reflexionar, meditar. Hablar sin reflexión es algo que empobrece el diálogo, lo banaliza y termina bloqueándolo. Por eso es tan necesaria la reflexión, por más que, como es lógico, nos cueste. Abramos el pensamiento antes de abrir el diálogo.

Además, esta necesidad de reflexión se acentúa si se quiere hacer de él una herramienta para la paz. El camino de la paz, todos lo sabemos, está lleno de dificultades. Una de las mejores maneras de ir las superando es utilizar la herramienta del diálogo.

1. La espiritualidad del diálogo

Vivimos, como siempre, en un mundo de paradojas. Lo paradójico, al contemplar lo que ocurre desde variantes distintas y hasta enfrentadas, ilumina mejor la realidad. De ahí que decir que vivimos en un mundo de paradojas es lo mismo que decir que vivimos en un mundo de posibilidades. Esto ocurre con la espiritualidad del diálogo. Nuestra época podría ser calificada como la era del diálogo. Nunca como ahora se ha recurrido al diálogo como elemento de convivencia. Los diálogos a nivel político, económico, social e incluso religioso están al orden del día. Y, sin embargo, muchos califican a este momento como el de la era de la incomunicación. Muchos proyectos laborales, sociales, familiares incluso se desmoronan por ausencia de diálogo, porque no se llega a verbalizar con otro las situaciones que tocan la vida de las personas. Entre esos dos polos, diálogo/incomunicación, se mueve la existencia cotidiana.

El diálogo es, generalmente, herramienta para la solución de conflictos: «Representa la más genuina representación del paradigma de tratamiento de conflictos basado en el pacto... Como estrategia permanente, el diálogo tiene efectos preventivos y puede ayudar a que un conflicto constructivo siga siéndolo... El diálogo es herramienta igualmente útil en un problema familiar o vecinal y en el más grave conflicto internacional o político» (J. Fernández). Tal es así que el diálogo adquiere categoría de método. Cuando la propuesta de diálogo es sincera, realista y constructiva el diálogo resulta útil sobremanera. Si fuera tal propuesta falsa, contraproducente e ingenua, el diálogo resultaría inútil. Así, el método que es el diálogo crea condiciones para que lo mejor del ser humano pueda actuar. Porque las respuestas humanas pueden abarcar desde lo mejor hasta lo peor... y así como la violencia remueve los peores fondos, el diálogo moviliza los mejores.

Por otra parte, el diálogo canaliza las fuerzas para la construcción de la convivencia, tarea siempre pendiente en el caminar humano. Los aprendizajes sociales de diálogo convivencial, a todos los niveles, son los que aglutinan el cimiento de la relación social. Eso hace que el diálogo adquiera categoría de búsqueda espiritual humana, ya que realmente hace subir los niveles de la espiritualidad elemental del "alma social" que es el motor real de la convivencia humana.

Por lo que toca al ámbito católico, queda fuera de toda duda, sobre todo después del espaldarazo del Vat. II, la apuesta por el diálogo tanto en relación con la sociedad como con las religiones. Pero hay que ser consciente de dónde venimos, de una época

en la que el diálogo ha sido ignorado y la imposición junto con la condena, los modos habituales de proceder. Hoy el diálogo se abre paso tanto en relación con la cultura secular como entre las mismas religiones porque el desafío, pero al mismo tiempo, la gracia del diálogo interreligioso, consiste en esta acogida de la diferencia de los otros. Pero aún quedan vestigios que demandan la ayuda absolutamente imprescindible de los aprendizajes sociales que muestran que el camino del diálogo es más eficaz que cualquier otro.

2. El diálogo en la *Fratelli tutti*

Para construir la cultura del encuentro, el documento tiene una fe inquebrantable en el diálogo “persistente y corajudo” para poder vivir en fraternidad social (FT 198). Al diálogo y su relación con la amistad social dedica el capítulo sexto. Por eso, un país crece cuando sus varias culturas dialogan más allá de febril monólogo de las redes sociales (FT 200). El diálogo se alimenta de la capacidad de comprender el sentido de lo que el otro dice o hace (FT 203). Desde estos planteamientos, una cultura nueva ha de ser una cultura del diálogo.

Ahonda el documento cuando quiere hablar del fundamento de los consensos que, para él, partiendo de la verdad de la dignidad humana (FT 207) y culminando en ella (FT 212), apunta a las verdades que no cambian (FT 208) y a los valores permanentes («el diálogo es el camino más adecuado para llegar a reconocer aquello que debe ser siempre afirmado y respetado y que está más allá del consenso circunstancial» FT 211), aunque el documento reconoce la existencia de “diversas normativas” de aplicación de tales valores (FT 213). Quizá se tenga la impresión de que tales valores permanentes son, a priori, los que defienden la moral de la Iglesia. Si fuera así, habría que incidir con más fuerza en el tema de un diálogo asentado en la mera igualdad de los dialogantes.

Sobre esta base se pueden asentar los contenidos de la cultura del encuentro: proyectar algo que incluya a todos (FT 216). Esta cultura ha de incluir las periferias (FT 215) basados en la certeza social del derecho de ser uno mismo y de ser diferente (FT 218), sabiendo que todo pacto social exige ceder (FT 221).

La recuperación de la amabilidad, por secundario que parezca, puede ayudar mucho a la cultura del encuentro. Esta cultura incluye el buen trato, las buenas palabras, el alivio del peso ajeno (FT 223). El documento otorga peso en varios números al tema de las buenas palabras.

De modo certero dice la FT 69: «La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos». Es decir, los esfuerzos por la paz han de medirse por el nivel de inclusión de las acciones que se lleven a cabo. Y para ello, el diálogo es imprescindible.

3. La luz de la Palabra: Mt 18,15-17:

«Si tu hermano peca, repréndelo a solas entre los dos. Si te hace caso, has salvado a tu hermano. Si no te hace caso, llama a otro o a otros dos, para que todo el asunto quede confirmado por boca de dos o tres testigos. Si no les hace caso, díselo a la comunidad, y si no hace caso ni siquiera a la comunidad, considéralo como un gentil o un publicano».

- Se trata de cómo gestionar la comunidad cuando surgen los conflictos fraternos. La mejor herramienta es, en primera instancia, el diálogo a solas. Yendo “desarrollado” al diálogo, las cosas en muchos casos entran en vías de solución.
- El paso siguiente es dialogar con el grupo porque entre todos puede surgir la luz. No se trata de formar un tribunal para condenar, sino reunir la familia para encontrar la solución entre todos.
- Y finalmente se apela a instancias más globales que también deben ser elementos de paz y no de condena.
- Cuando el diálogo no funcione, hay que esperar. La condena como un gentil o un publicano no lleva a nada. El evangelista se ha pasado poniendo en boca de Jesús cosas que, quizá, sean suyas.

4. La paz, en el núcleo central de la espiritualidad franciscana

Las primitivas biografías franciscanas han obviado el tema de la posible participación de Francisco en acciones violentas con resultado de muerte. Eran biografías para la edificación espiritual de los fieles, o de los mismos frailes, de ahí que este aspecto nada edificante, en la medida en que existió, lo cubriera el silencio. Pero los franciscanistas siempre han estado tras ello porque sí, como decimos, ocurrió, algo tan decisivo se instala en la estructura de la persona y tiene profundas consecuencias ulteriores, para bien o para mal. De ahí que, si se quiere explicar la vida de Francisco como un proceso no solamente como acciones puntuales, haya que contar con este tema de la violencia y de su ulterior cambio en una especie de pacifismo declarado.

¿Qué ha pasado en ese proceso? ¿Cuál ha sido el punto de inflexión? ¿Hasta dónde ha habido un cambio radical o ha sido algo más en consonancia con la propia persona de Francisco? No son cuestiones de fácil respuesta. Que el encuentro con las pobrezas (leprosos) ha sido un factor de profundísima humanización a nivel emocional, es un dato. Que la mística martirial que le ha llevado a escenarios de violencia (Damieta) haya terminado en una cierta frustración, es otro dato. Que su contagio por ósmosis social con los movimientos pauperísticos que rechazaban la violencia sistémica y religiosa (las cruzadas), aporta mucha luz al tema. Y, por supuesto, que la asimilación del Evangelio, como propuesta de paz y como viniendo de un pacífico como fue Jesús de Nazaret, esto es indudable. ¿Explican todos esos elementos el cambio producido? No del todo, pero abren a una comprensión más global del proceso espiritual y humano de Francisco.

Por eso, el tema de la paz pasa a ocupar un puesto central en el núcleo de la espiritualidad franciscana, junto con la pobreza, la minoridad, la fraternidad o la alegría. De esta manera, la paz adquiere rango espiritual de primer orden: no es solamente una virtud humana, sino el camino para el logro cristiano, para la “salvación”. «En toda predicación que hacía, antes de proponer la palabra de Dios a los presentes, les deseaba la paz, diciéndoles: “El Señor os dé la paz”. Anunciaba devotísimamente y siempre esta paz a hombres y mujeres, a los que encontraba y a quienes le buscaban. Debido a ello, muchos que rechazaban la paz y la salvación, con la ayuda de Dios abrazaron la paz de todo corazón y se convirtieron en hijos de la paz y en émulos de la salvación eterna» (1Cel 23).

Francisco nunca se hubiera imaginado que el tema de la paz iba a adquirir tal decisividad. Era llegar al sustrato último de su debilidad, de su pecado, para transformar los

movimientos de la violencia en los de la paz. Si eso se daba, se entendía que el Evangelio había arraigado en la persona.

Francisco de Asís es presentado, con razón, por su primer biógrafo como el «nuevo evangelista» de los últimos tiempos. Sin temor a equivocarnos se puede decir que el Evangelio que Francisco vive y ofrece es el Evangelio de la paz. Siendo esto así, su pasado violento se ha transformado en una fuerza creadora de paz. Se ha logrado lo que el Evangelio se propone: cambiar las estructuras personales hasta más allá de los límites predecibles por la razón humana.

5. El diálogo, camino de paz

La paz es una gran autopista en la que confluyen muchas carreteras secundarias e incluso pequeñas sendas. El gran edificio de la paz no se va a construir sin que cada uno en particular, cada grupo, cada país y el conjunto de naciones transiten por los caminos del diálogo.

- *Un diálogo global:* si algo nos ha enseñado la pandemia es que, como dice el Papa Francisco, o nos salvamos todos o nos hundimos todos. De ahí la perentoria necesidad del diálogo global. El fomento de una mentalidad universalista puede abrir puertas al diálogo y desde ahí al sueño de la fraternidad universal.
- *Un diálogo nacional:* todos los países tienen problemas más o menos graves de convivencia política. No se puede uno posicionar en el frontismo, la condena, la exclusión y el rechazo sistemático del diálogo. Son posturas que, además de no llevar a nada, generan un ambiente inmune a la solución. Una actitud sensata de diálogo, aun corriendo riesgos, puede ser cauce de entendimiento ciudadano y de paz social.
- *Un diálogo familiar y comunitario:* porque los autoritarismos se cuecen en el interior de cada grupo, así como un grupo, una comunidad que dialoga es una célula viva en el hermoso organismo de la paz. Una comunidad que dialoga tiene mejor futuro vital que una que se encierra en mutismos y desplantes. Dialogar es garantía de salud comunitaria.
- *Un diálogo personal:* porque dialogar con uno mismo es cultivar los valores de la interioridad para escapar de la superficialidad, el gran enemigo del alma y del cuerpo. No habríamos de pasar la vida sin ese diálogo personal interior que se apoya en la lectura, la reflexión, la oración, la contemplación de la naturaleza y el consejo de quien pueda iluminarnos. Si no sabemos dialogar con nosotros mismos, ¿cómo vamos a dialogar con los demás?

Para dialogar en grupo o comunidad:

- 1) *¿Qué aspecto de la reflexión querrías compartir, qué subrayarías?*
- 2) *¿Cuál es tu postura ante los problemas políticos que demandan diálogo?*
- 3) *¿Contribuyes al diálogo comunitario?*
- 4) *¿Sabes dialogar contigo mismo/a?*